

Febrero 1/1713 8



DE MADRID AL VESUBIO.

(VIAJE POR ITALIA.)

POR

D. JOSÉ DE LASA.



ENTREGAS

13. 14. 15 y 16
14302
Lasa 1867

(Véase la cuarta plana.)

MADRID.—1873.

IMPRESA DE LA ASOCIACION DEL ARTE DE IMPRIMIR,
Calle del Colmillo, número 9.



L47
2678

DE MADRID AL ASESUBIO

VIENE POR TALLAS

D. JOSE DE LASA

EXHIBIDA EN LA BIBLIOTECA DE MADRID
 N.º 1035
 1874

MADRID - 1874
 IMPRIMERIA DE LA ACADEMIA DE LAS CIENCIAS



2678-47



Lago de Garda.—PESCHIERA.

CAPITULO II.

A Ginebra.—Bellegarde.—Llegada á Ginebra.—Aspecto de la ciudad.—El lago Lemán.—Panorama.—Historia de la ciudad.—Sus edificios.—Sus paseos.—Industrias de la ciudad.—La isla Rousseau.—Las grutas de las Hadas.—La vuelta del lago.—El castillo de Chillon.—Noticias prácticas.

Si se me pregunta qué hora es la mejor para ir de Lyon á Ginebra, no podré contestar con precision, puesto que cada uno tiene sus gustos en esto de viaje.

Algunos hay que prefieren salir en esa época, á la tarde, de Lyon, para llegar de noche á Ginebra, poder descansar, y al dia siguiente empezar á visitar la ciudad, que en unas ocho horas está vista, si es que el viajero se contenta con pasar á través de las salas de los edificios que su planta huella, y dirigir una rápida mirada á derecha é izquierda; de lo contrario, dos dias se necesitan para *saborear* un poco la ciudad de Ginebra.

Para los que desean admirar la naturaleza, claro está que ofreciendo interés al viajero el camino que separa á Lyon de la ciudad héliética, ya dicha, debe escogerse la mañana para efectuar la salida de la ciudad lionesa.

— Me cuento, en esta clase de gustos, entre los últimos, así es que salí de Lyon á las seis de la mañana, echando á un lado la pereza, llegando á eso de las siete á Amberiéux, punto donde es preciso cambiar de departamento, y en el que se entra ya en la cadena del Jura por el lado del valle de Albarrine: un poco más allá se llega á Culox, estacion en la que se bifurca el camino en dos direcciones, la una hácia Chambery y la otra hácia Ginebra, y que separa á esta parte de Francia, de la Saboya.

Antes de llegar á Bellegarde, entre los túneles de Genissiat y del Paraiso, se descubre la pintoresca garganta en la que el Ródano se ha cavado su lecho.

Más adelante detiènese el tren en Bellegarde, estacion destinada para visar los pasaportes de los viajeros que van á Suiza, ó vuelven de dicha nacion.

Allí puede el viajero admirar la pérdida del Ródano, el nacimiento del Valserina y la union de estos dos rios, y apenas franqueados estos, se entra en el tunel del *Credo*, de una extension de cuatromil metros, y que ha costado cerca de treinta millones de reales y tres años consecutivos de trabajos; finalmente, despues de la estacion de Collonges, éntrase en Suiza, y desde Satigny se empieza á distinguir, á la derecha, la cadena del Mont-Blanc, viéndose ya con toda claridad en Meyrin este monte, que forma parte del marco del cuadro que rodea á Ginebra, y á la cual se llega al cabo de poco rato.

Nada de gritos á la llegada del viajero; nada de vociferaciones de cocheros y *ganchos* de hoteles; todo tranquilo, todo acompasado; parece como que llega hasta allí aniquilado ya el rumor de la ciudad, mezcla heterogénea de creencias y de personas; no parece sino que las diversas tendencias que

allí reinan se han puesto de acuerdo para que el que va allí por vez primera no trate de sondear el fondo de la ciudad, engañándole á su llegada con una apariencia de tranquilidad, cual si fuera esta precursora de una gran armonía.

Ginebra es, con su capa de ciudad confederada, la ciudad egoísta por excelencia.

Nada más frío y seco que la vida de Ginebra. En las calles, en las tiendas, en los hoteles mismos, se advierte un cálculo, un sistema razonado, una prevision que asusta, esta es la palabra.

Suiza tiene sus valles, sus montañas, sus rios, sus lagos, sus neveras, sus cascadas, sus brumas; cierre el viajero por un momento los ojos á estas maravillas de la creacion; no vea ante sí otra cosa que las ciudades de esta nacion, y le aseguro huye de ese suelo.

Como antes he dicho, todos los actos de la vida están previstos en Ginebra; lo que es en esa parte, puede estar tranquilo el viajero, nada le faltará, pero en cambio, ¡qué indiferencia por doquier!

Y sin embargo, por una de esas razones que no acierto á explicar, Ginebra es más bien que nada el refugio de infinidad de extranjeros; he dicho mal: me esplico esto; me lo esplico con sencillez suma, porque Ginebra es el centro de una vasta circunferencia llena de bellezas.

Con un cielo purísimo, con un lago de zafir, cuyos bordes lo forman verdes colinas y quintas de recreo, de elegante construccion, con altas montañas, que por elevada que sea su cúspide parece como que rinden acatamiento y vasallaje al nevado Mont-Blanc, Ginebra es sin disputa la reina de la federacion suiza.

Destácase esta ciudad sobre la cortina formada por los Alpes y el Jura, ocupando el centro del valle coronado por aquellos montes.

El lago *Leman*, que así se llama el lago de Ginebra, es un Océano en miniatura; tiene sus tempestades, como el mar, y ¡cosa rara! en alto lago, como si dijéramos en alta mar, es donde menos se sienten esas tempestades. Su mayor longitud es de unas catorce leguas, y su anchura de cuatro; nada iguala á su belleza. Por unos lados se ven surgir, cuando menos uno se lo piensa, bonitos pueblos y hermosas quintas, de entre los verdes bosques; por otras partes son las montañas de la Suiza, con su colorido especial, las que aparecen entre la vista, y que de lejos parece como que se sumergen en aquellas tranquilas aguas.

La temperatura de las aguas del *Leman*, á veintiocho metros de profundidad, es de cuatro grados y medio sobre cero, temperatura que es igual en todos los lagos de la Suiza; no ha estado helado en su totalidad más que en los inviernos de 1762 y 1805; y en los de 1810, 1830 y 1854 sólo en parte.

Surcan las aguas del *Leman*, el *Genfersee*, en lengua alemana, vapores y pequeños barcos de recreo y de pescadores; las orillas del mismo son hoy día centros de especulación, pues están pobladas de hoteles, en los cuales se saquea sin compasión alguna del viajero.

Puede hacerse en un día lo que se llama *le tour du lac*, esto es, la visita circular del lago, deteniéndose en Lausanne, y siguiendo mas tarde hácia Villeneuve, último punto, digámoslo así, del lago, puesto que en él hacen su última detención los vapores.

Son varios los pueblecillos y ciudades que están situados

en *las costas* del Lemán; las principales son Coppet, Thonón, Onchy-Lausanne, Corsier, Vevey, Clarens, Chillon y Ville-neuve, pero además entre esos puntos hay pueblecillos lindísimos, en todos los cuales se detiene el vapor, de suerte que en muchas partes no dura el trayecto de un punto á otro ni cinco minutos.

No hay el menor peligro de mareo, embarcándose en los vapores que cortan la superficie del Lemán; ni el más mínimo movimiento se percibe, tanto, que se puede almorzar y comer en los comedores de los vapores.

Cria el lago peces sabrosísimos, y dedicanse los habitantes del mismo á la pesca de aquellos, que es abundantísima.

Dejemos, sin embargo, el lago, que tiempo nos queda de admirarle, y volvamos á la ciudad.

Como hemos dicho, al llegar á Ginebra no se nota el bullicio que en los demás puntos, que á su espalda deja el viajero; una línea recta formada por ómnibus suntuosos pertenecientes á los principales hoteles, obstruye hasta cierto punto la vista de la ciudad; entra el viajero en cualquiera de ellos, segun cuál sea el hotel elegido, y dejando á la derecha la iglesia de *Notre-Dame*, síguese en línea recta también la calle del Mont-Blanc, y entonces se presenta ante la vista el panorama más rico, más pintoresco y grandioso que puede la imaginación concebir.

Como punto de union entre la parte nueva y la antigua de la ciudad, el moderno puente de piedra del Mont-Blanc pasa por encima del lago Lemán, el cual se vé en casi toda su estension á la izquierda; al lado opuesto, la isla de Rousseau, cubierta de verde arbolado, y enfrente la ciudad antigua, que parece dominarlo todo, y dominada á la vez por el monte

Salève (Saboya), sobre el cual se levanta aún más alto el gigante de la Suiza, el Mont-Blanc.

El viajero que no quiera ir á la parte antigua de la ciudad, tiene buenos hoteles y *pensions* en donde quedarse, y á todo el mundo aconsejamos haga esto, tanto porque la vista se recrea mejor desde los hoteles situados á la parte de acá del puente de Mont-Blanc, como porque la parte que va dicha en este párrafo, de Ginebra, es la parte de la ciudad protestante, de la ciudad reformista, cuyas calles estrechas y sin animación de ningún género, con sus casas cerradas á piedra y lodo, aprietan el corazón y hacen sumergir el ánimo en una tristeza sin límites.

Sea, pues, el que sea el hotel elegido por el viajero, mientras éste refresca su cuerpo en un baño, se avia y se dispone á visitar la ciudad ginebrina, vamos á dar algunas noticias sobre ésta.

Ginebra, en alemán Genf, ciudad de cerca de cuarenta y dos mil habitantes, la mitad de los cuales son católicos y la otra mitad protestantes, fué en su origen una ciudad dependiente de los Alobrogos, pueblo de la Galia Narbonense; posteriormente romana, llegó á ser gobernada por los duques de Borgoña hasta el siglo xi, en el que los condes del Genevois se apoderaron de ella, y por fin en 1533, sublevándose contra su jefe temporal de la ciudad, los ginebrinos abrazaron la Reforma y se declararon independientes.

En 1602, los saboyanos intentaron asaltar por medio de una sorpresa la ciudad, pero no tuvo resultado ninguno esa tentativa, tanto que se enseñan hoy, en el museo del Arsenal, las escalas que sirvieron para el asalto.

Democrática en un principio la república de Ginebra, llegó

á ser aristocrática en 1782: por último, reunida á la Francia en 1798, formó parte de la Suiza en 1815.

Ginebra, por espacio de mucho tiempo rodeada de murallas, ha reemplazado hace ya bastantes años sus fortificaciones por cuarteles, por calles elegantes y por paseos bellísimos.

Es la capital del canton del mismo nombre, el cual es el vigésimo segundo en la confederacion, por orden de admision, y el vigésimo primero por su estension; la lengua que se habla es, con preferencia, la francesa.

Han hecho célebre á la ciudad, San Francisco de Sales, obispo de la misma, Calvino y Juan Jacobo Rousseau.

Es además la patria de los filólogos Etienne, Casaubon y Escaligero; del almirante Lefort; del hacendista Necker, del economista Juan Bautista Say, de Topffer, de Diday y de Pradier.

Las principales industrias de Ginebra son: la fabricacion de relojes y la bisutería; fabricanse hoy mas de cien mil relojes al año. Las cajas de música es otra de las especialidades de Ginebra, y nunca podré olvidarme de los *oiseaux chantants*, regalo que puede figurar en el palacio de un rey, por su *precio* y por su *preciosidad*. Es lo que acabo de decir una caja del tamaño de las pequeñas de música, que abierta, no ofrece otra cosa á la vista que un enrejadito de metal; oprímese un resorte y salta de repente un pajarillo, que sin exagerar, es del tamaño de media avellana, cubierto de pequeñas plumas del pájaro-mosca, divinamente hecho, y con su correspondiente pico de marfil; apenas ha saltado, como decimos, cuando empieza á abrir su configurada boca y á arrojar por su garganta, que se vé hincharse y deprimirse sucesivamente cual si fuera la de un pájaro *de veras*, una série tal de gorjeos y

trinos, acompañados de varios movimientos de cabeza, que, la verdad, hacen estar al que los oye con la boca abierta; pero, amigo lector, la cosa en cuestion vale ¡seis mil reales vellon! Como Ginebra está vista en cuatro horas á lo sumo, vamos á trazar el itinerario de la misma, en la seguridad de que es el más á propósito para el viajero que disponga de poco tiempo que consagrar á la pátria de Juan Jacobo Rousseau.

Tomando por punto de partida el *Jardin inglés*, despues de haber visto la estatua de la Federacion, inaugurada en 1869, y que recuerda la entrada de Ginebra en la Confederacion, á pocos pasos se ve un Chalet-Kiosco, en el que está expuesto al público el magnífico panorama ó plano en relieve del Mont-Blanc, espectáculo en extremo curioso y que tan solo cuesta el disfrutarlo cincuenta céntimos.

Saliendo de este panorama, dirigimos nuestros pasos hácia el hotel de la Metrópoli, á pocos pasos del *Jardin inglés*, y cerca de este hotel, siguiendo el camino que conduce á la *Tour-Maitresse*, pasada esta, sobre una pequeña altura, se ven las doradas cúpulas de la nueva iglesia rusa: más abajo se ven el *Observatorio* y el *Gimnasio*, edificios que nunca se abren al público y que nada tienen de particular. Tampoco tiene nada de particular la iglesia rusa; para el que no ha visto ninguna de esta clase le chocará el género de edificio, pero nada más.

Desde los puntos últimamente citados, y por las calles de *Rive* y de *Verdaine*, en la cual está el *Palais de Justice* (nada tampoco de particular), y el pasaje de *Degrés-de-Poules*, se llega por fin á la catedral de Ginebra, á la que allí llaman la iglesia de San Pedro.

Esta ocupa el lugar de un antiguo templo dedicado al sol.

Fundada á fines del siglo X por Conrado el *Pacífico*, fué acabada en 1124; su fachada principal es más bien que pórtico de iglesia, portada de teatro ó de Parlamento, siendo el estilo de esta, corintio puro; edificada con arreglo al modelo de la *Rotonda* de Roma (1), tiene dos elevadas torres de noventa y ocho metros de altura cada una, y de las cuales la del Norte posee una azotea desde la cual se goza una vista admirable, y además una campana llamada *Clemencia*, de más de siete metros de circunferencia.

Mediante la suma de cincuenta céntimos, el sacristan, que habita en una de las casas que están enfrente de la puerta lateral de la derecha de la catedral, enseña el interior de esta.

Sus paredes de maciza piedra sillar y revestidas de ese color oscuro que presta la antigüedad, dan una tinta de lobreguez y de oscuridad al edificio, destinado al culto que sigue la secta protestante de Calvino.

Nótanse en el interior las tumbas de Agrippa de Aubigné, amigo de Enrique IV, el *Bearnés*, y abuelo de Mme. de Maintenon, y la del conde de Rohan, jefe de los protestantes franceses del tiempo de Luis XIII.

También se enseña al visitante lo que antes estaba destinado al lado del altar mayor para hacer penitencia los sacerdotes, y que hoy no es más que un espacio reducido, rodeado de cuatro paredes y con un techo elevadísimo.

El púlpito de madera está bastante bien esculpido, y debajo de éste, como objeto de veneración para los ginebrinos

(1) Según me dijeron, pues en nada se parece á este edificio.

protestantes, se vé la silla de Calvino, que trajo entonces á mi vista un mundo de reflexiones.

Cerca de la iglesia, al lado de un árbol aislado y rodeado de bancos, subiendo á la derecha una escalera y atravesando un pasajé que está en frente del número seis de la calle en que está la escalera, se llega al *Hotel de Ville*, edificio que nada tiene de curioso, como no sea su escalera, ó más bien rãmpa en plano inclinado, y formada por pequeños guijarros y que permitia en tiempos no muy lejanos á los consejeros, ir en coche hasta la misma sala de las sesiones. Allí tambien está la colosal bomba aspirante que provee de agua á toda la ciudad. Delante de este edificio en 1762 fué quemado por la mano del verdugo el *Emilio* de J. J. Rousseau.

Enfrente del *Hotel de Ville* está el *Arsenal*, destinado á Museo de antigüedades en materia de armas; en la coleccion de estas se ven las escalas del asalto de 1602, y la armadura del duque de Rohan.

No hay más que salir del *Arsenal* y dirigirse al *Hotel de Ville*, y al lado de este se encuentra un callejon estrechísimo que conduce al paseo de la *Treille*, semejante á una vasta azotea y situado en pleno Mediodía. Dominado por una hilera de casas mandadas construir por el célebre financiero Law, tiene á sus pies el Jardín botánico, en el que se admira el magnífico bosque de naranjos propiedad de M. Eynard.

Bájase del paseo de la *Treille*, hácia la derecha, y se llega á la *Plaza Nueva*, en donde se encuentran varios edificios dignos de visitarse, tales como el museo *Rath*, en el que se ven lienzos de Rubens, Teniers, el Veronés, Salvator Rosa, Calamo y Diday, y que está abierto todos los jueves y domingos, desde las once de la mañana. Enfrente del museo *Rath* se ven

el *Conservatorio* y el *Templo masónico*, y á la izquierda el edificio que sirve para las elecciones.

Siguiendo la calle de la *Corraterie*, que es como la continuación del museo *Rath*, llégase á la plaza de *Bel-air*, en donde se hallan los hoteles de la *Poste* y de la *Balance*. En dicha plaza se halla tambien la *Grande-Poste*, ó sea casa-correos.

En dicho punto, dos puentes conducen á la isla de Ginebra, rodeada por el Ródano, cuyas azules aguas van á confundirse más lejos con las del *Arve*, y más allá, á la derecha, en dirección del muelle de *Bergues*, atravesando un puentecillo colgante, se entra en la isla Rousseau ó de *Bergues*, situada en la entrada del puerto, y cuyo centro le ocupa una estatua en bronce de Pradier, con su correspondiente pedestal de granito de los Alpes, estatua erigida en honor de Rousseau en 1835.

Estó es Ginebra, que, como ya hemos dicho, puede ser visitada en cuatro horas con suma facilidad. El resto del dia puede emplearse en recorrer aquellas orillas del lago en barquichuelos ó esquifes que hay al pié del puerto, y por la noche, después de la comida en el hotel, ir al concierto de la isla Rousseau.

Como excursión que nada tiene de cansada, pues está muy cerca de Ginebra, puede hacerse la de las *Grutas de las Hadas*.

Situadas en medio de un bosque de espinos y entre breñas, en número de tres, tienen fácil acceso por escalas de cuerdas, si bien la entrada, al nivel de las copas de los árboles, no ofrece otro camino que el que usan á veces los pájaros: las ramas de los expresados árboles. El fondo de cada una de estas grutas lo forma un manantial, á cuyas respectivas aguas conceden las mujeres de aquellos contornos propiedades y virtudes.

des maravillosas. Lo verdaderamente maravilloso es que en la más elevada de las tres grutas el agua que destila la roca forma en un sitio como el cuerpo de una gallina cuidando á sus polluelos; más allá, es la rueca y el uso lo que el agua crea, y por último, toda la roca parece estar llena de perlas, que el tacto demuestra no ser otra cosa que piedras. Sin embargo, la excursion es peligrosa y propia sólo para hombres, pretendiendo asustar á los que la intentan las mujeres ancianas de aquellos lugares, diciendo que ven á menudo en las grutas la figura de una mujer petrificada.

Otra de las excursiones que bien merecen la pena de ser descritas, y que entra además en nuestro itinerario, es la de Ginebra á Villeneuve, haciendo lo que se llama *le tour du lac*, es decir, siguiendo en el vapor la marcha que este se tiene trazada, y que no puede ser más agradable.

Emplea el vapor cuatro horas próximamente en trasladarse de Ginebra á Villeneuve, costeano tan pronto una orilla, tan pronto la otra del lago, encontrando á su paso numerosos pueblecillos, cuyos habitantes acuden presurosos á la llegada del vapor, que con su campana anuncia á los viajeros las diferentes paradas; atraca sus ruedas al muelle, larga sus cables, y un puente de madera pone en comunicacion á las dos ciudades, la flotante y la terrestre; entónces empieza el flujo y reflujó de gente, que no otra cosa puede llamarse el gentío que entra y sale del vapor en cada detencion, pues como cada pueblecillo de esos es un pequeño vergel, se ven siempre llenos de multitud de personas cuya única ocupacion es vivir gastando dinero.

La campana nos anuncia una nueva estacion; dirígense nuestros ojos á la tablilla colocada debajo del puente que

ocupa el capitán del buque, y vemos *Chillon*. ¿Cómo no detenernos? ¿Cómo no visitar el recinto asilo del célebre *Bonnivard*, tan decantado en Suiza, y el héroe de uno de los más bellos poemas de lord Byron?

Situado el castillo de Chillon en la cumbre de un peñasco, en el lago de Ginebra, es una de las curiosidades del cantón de Vaud, por su situación y por sus recuerdos históricos.

Pedro de Saboya, conocido con el nombre de el *pequeño Carlomagno*, conquistó este castillo en 1248 é hizo de él su residencia.

El día 1.º de Febrero de 1536, los Berneses y Ginebrinos se apoderaron de dicho edificio despues de dos días de resistencia, y dieron libertad á infinidad de prisioneros que gemian bajo el peso de sus cadenas, y entre los que se hallaba el prior de San Victor de Ginebra, *Bonnivard*, victima, como todos aquellos infelices, de los príncipes de la casa de Saboya.

¡Hacia seis años que el desgraciado *Bonnivard* yacía como enterrado en vida, en oscuro calabozo del castillo, amarrado con una cadena á un anillo de hierro empotrado en uno de los pilares del calabozo!

Despues de bajar los quince escalones de una escalera cuya entrada está en una de las primeras salas del castillo, se llega á dos subterráneos que se comunican por medio de un corredor, en medio del cual se halla un enorme poste, sobre el que pasaba el condenado á muerte su última noche, siendo arrojado por una ventana, hoy tapiada, al despuntar el día, al lago, cuyas aguas se abrian para recibir en su seno al infeliz que habia incurrido en el enojo del duque de Saboya.

Tras de ese corredor se encuentra una espaciosa sala abovedada y sostenida por pilares, en los que están grabados los

nombres de Byron, Victor Hugo y Duma (sin s); otro de los pilares sostiene aún el anillo de hierro al cual estaba encajado Bonnivard.

De este subterráneo, tallado en roca viva, se sube al patio del castillo, leyéndose sobre el dintel de una de las puertas estas palabras: *Fundado el 25 de Junio de 1236*, y á los pocos pasos se halla el antiguo comedor de los duques de Saboya, cuyas paredes ostentan aún armaduras de aquella época.

Mas allá, saliendo de esta habitación, está la sala del tormento, mostrándose aún al viajero una columna con su garrucha, que quizá sirviera para alzar en alto los cuerpos de los desgraciados condenados al suplicio del descoyuntamiento!

En el piso bajo del castillo, que es en el que estamos, no hay otra cosa que ver que una inmensa cueva que hacia en otro tiempo los oficios de cementerio, de alcantarillas después, y que hoy no están destinadas á ningun objeto determinado.

En el piso primero del castillo se encuentran: una capilla, con sillería del siglo XIII; la cámara del duque de Saboya, en la que aún se ven los restos del lecho de aquel; la cámara de la duquesa, cuyas ventanas dan sobre el lago, y que en aquel sitio tiene una profundidad de mil pies; la sala de recepcion, é infinidad de estandartes, banderas, alabardas, etc.

Nada mas que ver, lector, en el castillo, y por si quieres volver á Ginebra en vez de seguir mi camino, en cuyo caso el tiempo urge, da tu pequeña propina al guarda del castillo, sigue el sendero que hay á tu derecha, pasa una pequeña cascada, y frente por frente de tí se halla el hotel Byron, en Villeneuve, en el cual, por cuatro francos, te darán de almorzar bastante

bién y tendrás tiempo sobrado para regresar á Ginebra, pues á las tres y media sale un vapor de Villeneuve y llega á Ginebra á las ocho de la noche, de suerte que puedes disfrutar de la vista del lago iluminado por los reflejos de las luces de la ciudad, causando aquéllas un efecto tal que parece enteramente una iluminacion preparada *ad hoc*.

Pero si preferes, lector amigo, acompañarme, si es que mi compañía no te fastidia, vámonos á la estacion de la vía férrea, y seguiremos nuestro camino, que ya poco nos separa del suelo de Italia.

Horas de la salida de los trenes de Lyon á Ginebra.—A las 5 y 15, á las 6 y 10, á las 9 y 10 y á las 12 de la mañana; y finalmente á las 7 y 45 de la tarde. Todos estos trenes salen de Lyon con asientos de todas clases; pero desde Amberieu, el de las seis de la mañana solo admite viajeros de primera clase.

Precios de los asientos.—Primera clase 21 francos 65 céntimos; segunda clase 15,60, y en tercera clase, 11,40.

Omnibus.—A la llegada del tren los hay pertenecientes á los hoteles principales, y cuesta el asiento, con el equipaje, un franco 25 céntimos. En los pertenecientes á la empresa del camino de hierro es la tarifa 30 céntimos por persona, y 20 por cada bulto del equipaje.

Los viajeros que no tengan equipaje, no tienen necesidad ni de ómnibus, ni del carruaje, si es su intencion quedarse en los hoteles de la parte de acá del rio, pues esos están muy cerca de la estacion.

Hoteles.—Esta es la parte que más merece la atencion del viajero en su marcha por Suiza, y como pudiera ser que alguno de los que lean este libro tuvieran curiosidad por entrar más adentro en este país de lo que nuestro itinerario traza, no estarán demás algunos consejos acerca de este particular.

Las antiguas *auberges* de la Suiza han desaparecido para hacer lugar á magníficos hoteles, de alfombradas escaleras, lujosos lacayos, de *alumbrado* que *destumbra*, de magníficas habitaciones, y contruidos por ricos capitalistas ó por sociedades, que naturalmente tratan de que los dividendos ó *revenus* sean lo más crecido posible. En estos hoteles no ponga jamás la planta el que haya echado un cálculo aproximado para llevar á cabo su viaje, pues más que hoteles son residencias de soberanos, príncipes, banqueros y ricos capitalistas.

Hay otros hoteles que no tienen tantas pretensiones, pero por regla general todos, todos son mucho más caros que los de su respectiva clase en Francia y España.

Eso sí, la vida en esos hoteles que dejamos dicho antes es cómoda, fácil, sensual, y la que más halaga á la vanidad del viajero.

Apenas se entra en un establecimiento de esa clase, al sonido de la campana, el *maitre de hotel*, el *sommelier*, criados, lacayos, todo el mundo, aparece en lo alto de la escalera, y en medio de cortesías sin número conducen al nuevo huésped á su habitación, le acosan á preguntas, revisan la estancia, saludan, van, vuelven, y todo por ese estilo. ¡Un mareo, lector, un mareo de vanidad!

Sobre todo, las dos cosas que recomendamos al viajero que quiera saber lo que gasta y lo que le cuesta la vida en Suiza, son: la primera el fijar de antemano el precio de cada una de las cosas por separado, y la segunda el no dejar el pago de la cuenta para el último momento, pues entonces se abusa del viajero.

Por supuesto, en Suiza y en Italia hay que ir siempre provisto de pequeña moneda, pues en los hoteles, desde el *sommelier*, hasta el que os ayuda á meter en el carruaje los objetos que se llevan á la mano, alargan la *idem* para que se les tenga presente en el momento de la marcha.

En Ginebra los hoteles son varios y de distintas clases:

De primer orden.—Gran hotel de la Paz, del Escudo de Ginebra, de Bergues, de Rusia y de la Metrópoli.

Los precios de las habitaciones en estos hoteles varían desde 4 á 5 francos en adelante; servicio un franco, bujía un franco.

De segundo orden.—Hotel del Lago, de la Poste, Victoria, de la Balance, hotel Suizo, de Grand-Aigle.

En estos el precio de las habitaciones es por lo regular de 3 francos en adelante, y el servicio 50 céntimos, lo propio que la bujía.

Recomendamos entre estos el hotel Suizo y el del Lago.

De tercer orden.—Hotel del Leon de Oro, del Mont-Blanc y del Norte.

Nada peor que el hotel del Mont-Blanc. Una noche pasé en dicho hotel; á la mañana siguiente escapé; en una bohardilla, pues no había otra habitación, es decir, en el quinto piso, 3 francos el cuarto y uno el servicio y la luz: todo sucio, todo malo.

En los demás hoteles de este género suele ser el precio corriente el de 2 francos cada habitación.

Restaurants.—Del Norte, sito entre el puente de Bergues y el del Mont-Blanc, y el más frecuentado. Vistas admirables, salones y gabinetes de sociedad; servicio á la *carte*; de Vidioz, plaza del Ródano; de Villard, calle del Ródano, 52 y 54, cerca del lago; vinos excelentes: almuerzos desde 2 francos, sin vino.

Cafés.—Del Norte, sito en la planta baja del edificio que ocupa el restaurant del mismo nombre; montado á la altura de los mejores cafés de París, es el centro de reunión de todos los extranjeros en Ginebra. Periódicos españoles, franceses é ingleses; del Museo, situado en frente del Museo, en la calle de la Corraiterie, con un terrado que domina al lago; de la Corona, plaza del Lago.

Los aficionados á la cerveza pueden satisfacer su afición en la *brasserie Ackerman* al lado del hotel del Lago.

Coches y barcas.—Sitos los primeros en los principales puntos de la ciudad, hacen

pagar sus conductores un franco 50 céntimos la carrera, y 2 francos 50 céntimos la hora al que los necesita. Es conveniente siempre fijar el precio con el cochero para evitar discusiones.

Los barquichuelos, que se encuentran siempre en el muelle de Bergués, y propios solamente para dar un paseo por la orilla del lago, se alquilan á razon de un franco la hora.

Tiendas.—Rara vez el viajero que pisa por primera vez Ginebra deja de comprar algo que pertenezca á las industrias que ya hemos dicho, y por tanto vamos á recomendar las tiendas ó almacenes cuyos productos son los que más boga alcanzan en dicha ciudad.

—Para las compras de relojes, las casas de Golay-Leresche, Grand-Quai, número 1 y núm. 2 de la calle de la Paz; la de Mercier, plaza del Ródano, núm. 1, y la de Fleischman, Grand-Quai, núm. 2.

En cajas de música, los almacenes de Bremon, calle Pradier, núm. 7; Lecoutre, calle de los Alpes, núm. 12, y Couchon, plaza de los Alpes, núm. 9, y calle de Paquin, núm. 9.

Fotografías.—La casa Mussard, calle del Ródano, núm. 27, es la que recomendamos para la compra de fotografías y vistas del país, siendo las mejores las que llevan la marca *Braun*.

Correo y Telégrafo.—En la plaza de la Poste, cerca de la plaza de Bel-air, se halla el edificio de Correos. Allí se hallan también las oficinas de Telégrafos, costando 50 céntimos un despacho telegráfico para el interior de Suiza, y cuatro francos para España, siempre que no exceda su contenido de diez palabras.

Vapores.—Una sociedad que tiene á su disposición cinco vapores, llamados *Winterfeld*, *Helvecia*, *Leman*, *Aguila* y *Bonniard* hacen el servicio de *le tour du lac*.

El interior de dichos vapores nada deja que desear; salones espaciosos, gabinetes reservados, restaurantes de primer orden, todas las comodidades posibles se encierran en esos vapores.

Facilita la compañía billetes de ida y vuelta, valederos para dos días, á precios reducidos, y que permiten al viajero seguir, á su antojo, la línea férrea ó la marcha del vapor, de suerte que puede hacerse la ida en vapor y la vuelta en ferrocarril.

Las horas de salida de Ginebra en estos vapores son: á la 1 y 30 y á las 9 y 30 de la mañana; y por la tarde á las dos y á las tres.

De Villeneuve para Ginebra son las horas de salida: á las 9 y 15 y á las 8 de la mañana; y á la 1 y 10 y á las 3 y 25 de la tarde.

Expresamos las horas de salida de los trenes y vapores, porque en Francia, Suiza é Italia, que es por donde va trazado nuestro itinerario, no se cambian nunca las horas de salida de los trenes. Las mismas son todos los años, si bien en invierno son unas y en verano otras. Yo me refiero al verano, época en que he hecho el viaje, y que supongo es la elegida por todo el mundo para viajar.

Diligencias.—Varias son las excursiones que se hacen desde Ginebra; pero como yo no he verificado otras que las que he referido en este capítulo, no quiero dar noticias que no sé á punto fijo.

Sin embargo, los que desde Ginebra deseen ir á Chamounix, para la ascension

del Mont-Blanc, Annecy, Divonne, etc., tendrán cuantas noticias deseen en el despacho de M. Natura, Agencia de Postas federales, Grand-Quai, núm. 12.

Cambio.—Para los viajeros que deseen descontar valores, ninguna casa mejor que la de Mr. Luis Bremond, calle Longemalle, núm. 2, en frente del hotel del Lago.

Pastelería.—Punto es este que solo tiene interés para los golosos. ¿Pero es esta guía, práctica? Así pues, nada más á propósito para los aficionados á los productos de la pastelería que la llamada el *Suizo*, en la calle del Ródano, esquina á una pequeña plaza cuyo nombre no he consignado en mis apuntes por olvido; sin embargo, no tiene pérdida.

Hora.—La hora en Ginebra adelanta á la de París 20 minutos, y 50 á la de Madrid.

CAPITULO III.

Salida de Villeneuve.—Roche.—Aigle.—Bex.—Martigny-la-Ville.—Gorges du Trient.—Cascada de Pissevache.—Ascension del monte San Bernardo.—Liddes.—El monasterio.—Saint-Remy.—Aosta.—El fuerte de Bard.—Yvea.—Turin.

En Villeneuve, punto de desembarque de los viajeros que lleva el vapor, ordenamos á un mozo cargara con nuestra maleta, y nos dirigimos á la estacion de la vía férrea que ha de unir por el Simplon á Italia con Suiza.

A pesar de que hacia tan solo tres dias escasos que abandonara el wagon del ferro-carril, no sabeis el mal efecto que me causó oír el silbido de la locomotora, pareciéndome como que era entonces aquella un elemento extraño que se queria implantar entre aquellas montañas.

Pero como todo no es poesia, durándome aún el agradable recuerdo que en mi fantasia habia producido la suave marcha del vapor en el Lemau, me acerqué al despacho de billetes de la estacion, pedi los dos que me hacian falta hasta Martigny-la-Villé, y poco despues entraba en un wagon co-

mo enlutado, puesto que asientos, paredes y techo eran de negra gutta-percha.

Aquello fué para mí una nueva decepcion; creí que los wagones serian allí, como me habian dicho eran los wagones suizos, pero nada de eso; wagones franceses y muy franceses, como los que se conocen por aquí.

Después de salir de Villeneuve, la primera estacion que paró nuestra marcha fué la de Roche, y dejando á nuestra izquierda la montaña del *Diente del Mediodia*, llegamos á Aigle, sitio encantador y donde se recoge el excelente vino blanco de Ivorne.

La estacion de Saint-Triphon, que sigue á la de Aigle, separa á este pueblo de Bex, cuyas salinas pueden visitarse, para lo cual basta subir en un cochecillo que conduce al viajero hasta Devens, y de allí descender á los subterráneos donde se hace la extraccion de la sal.

El tren que nos conducia debia detenerse en la estacion de Saint-Maurice, de suerte que preferi esperar en Bex á que llegara la noche para seguir mi camino á Martigny, pues entonces no me habian hablado todavía de la cascada de Pissevache y de las *Gorges du Trient*, cosas ambas que merecen se les consagre una tarde, y así, según mi cálculo, podia visitar las salinas de Bex, ó mejor dicho de Devens, á todo lo cual me autorizaba mi billete, porque si me hacia detenerme á la fuerza en Saint-Maurice, podia yo detenerme por mi propia voluntad en otra estacion antes de aquella.

Bajamos, pues, de nuestro departamento, mi esposa y yo, y entramos en el buffet de la estacion, donde dejando nuestros trastos y ordenando una comida para el anochecer, cogimos un cochecillo y fuimos á ver las salinas de Devens.

¡A la vuelta, no sintiendo todavía nuestro estómago esa tirantez precursora del hambre, no nos dimos prisa para ponernos á la mesa, y el ladino del dueño del buffet, que no le corría prisa el cobrarnos nuestro dinero, ó el suyo por mejor decir, nos dejó hacer.

Por fin, hétenos ante un succulento *potage à la Julienne*; nuestras narices olfatean el humillo que se desprende de la sopera, voy á servir plato á mi mujer, y ¡ff! oigo el silbido del tren.

No sé qué decir, no sé qué hacer en aquel momento, y cuando quiero recordarlo el tren ha emprendido de nuevo su marcha.

Enfurecido, llamo entonces al fondista, le increpo, y por toda contestacion me dice:

—El hotel de las Salinas es muy bueno y lo pasarán en él muy bien los señores.

De tan asombrado como me quedé ante esta respuesta, no supe qué decir; seguí comiendo en silencio, y al final de la sopa miré á mi mujer, prorrumpiendo ambos en una sonora carcajada.

El mal estaba hecho, nuestros estómagos no tenían la culpa y fué preciso contentarlos.

Se acabó la comida, pagamos nuestra cuenta al fondista, que recibió el dinero con una sonrisa que no le he perdonado aún, y nos dirigimos al hotel de las Salinas, donde nos dieron una excelente habitacion, y á la mañana siguiente nos despertamos con la luz del dia que entraba por la ventana.

Pedimos nuestro desayuno, que en Suiza es siempre café con leche y miel, y salimos á recorrer los corredores del ho-

tel, siendo lo primero con que tropezó nuestra vista un cartel en el que decia:

«Baños salinos de aguas marinas.—Hidroterapia.—Baños rusos.—Baños *turcos*.—Salas de pulverizacion de las aguas minerales.—Instalacion modelo y segun los sistemas más modernos y perfeccionados.—Médico inspector: D. Cossy, ex-interno de los hospitales de París.»

—¡Buen provecho! dije para mis adentros, en vista de tanto baño ruso, turco y pulverizaciones. ¡Malo! repetí en mi interior ante aquel cartel, ¡malo para el bolsillo!

Mis pronósticos no salieron fallidos en este punto, y más que aprisa echamos á correr á la estacion, subiendo de nuevo en el tren, en el que me sucedió una aventura en la cual fui la víctima.

Ya habia yo notado que un individuo que iba sentado en frente de mí me dirigia unas miradas insistentes, que al principio procuré evitar, hasta que al fin, cansado de tanta tenacidad, hubé de contestar con otras no menos persistentes.

Esto era, sin duda, lo que aquel amigo pretendia, puesto que con ademan cortés me preguntó en francés:

—Dispense Vd., caballero, ¿es Vd. por casualidad húngaro?

No sé qué encontraría en mi fisonomía el individuo en cuestion, para suponerme una nacionalidad con la cual nunca he soñado; pero resuelto yo á divertirme un poco, contesté:

—No, señor; pero he estado mucho tiempo en el país á que se refiere, y puedo enterar á Vd. de cuantas noticias quiera saber.

—Pues bien, ya que Vd. se manifiesta conmigo tan amable, voy á ser franco con Vd. y á exponerle las causas que han

motivado mi pregunta. Soy un sacerdote italiano que no he querido reconocer el dogma de la infalibilidad del Sumo Pontífice, por lo cual me han separado de la Iglesia católica. En tan angustiada posición, he pensado ir á Hungría, contraer matrimonio y comprar algunos terrenos para poder asegurarme una subsistencia. Ahora bien; poseyendo como poseo próximamente unos mil florines, ¿cree Vd. suficiente esta suma para la adquisición de algunas tierras bastantes para procurarme un sustento?

—No es mucha la cantidad, repuse; pero podrá Vd. encontrar lo que desea.

Y en este tono siguió la conversacion, hasta que la voz del conductor del tren, gritó:

—¡Saint-Maurice! cinco minutos de parada.

Entonces mi famoso italiano cogió sus bártulos y me dijo:

—Caballero, ¿tendría Vd. la bondad de darme algun socorro para que pueda hoy comer?

Juzguen todos de mi estupefaccion; pero tal cólera me dominó, que rehaciéndome al instante le contesté:

—Extraño mucho que el que viaja en primera clase en el ferro-carril, y posee mil florines, pida una limosna.

—¡Para no desmembrar mi capital!

—Una limosna, próseguí; pero como no en balde es Vd. mi prójimo, tome Vd., le dije alargándole un franco, y al deshacerse de esta moneda, acuérdesese de que no tropezará usted siempre con personas que den crédito á sus relatos, como yo.

Despidióse de mí el tal petardista con descaro inaudito, y poco despues siguió el tren su marcha, pasando de largo por las estaciones de Evionax y Vernayaz; antes de este punto ví desde el wagon una gran cascada: pregunté su nombre y me

dijeron era la de Pissevache, cascada que merecía se la hiciera una visita, puesto que era de las principales de Suiza, y porque casi al lado de la misma se hallaban las *Gorges du Trient*.

En vista de estas recomendaciones, cerré los ojos para no ver la cascada á fin de que me produjera mejor efecto cuando la visitara, y al cabo de pocos minutos deteniamos nuestra marcha en la estacion de Martigny-la-Ville, siguiendo su camino los viajeros que pensaban atravesar el Simplon, en diligencia, para penetrar en Italia.

Dirigimos nuestros pasos al hotel de la Poste, que nos habian recomendado, y que antes que se nos olvide dejamos de recomendar á nuestros lectores, puesto que es malísimo, sucio y caro. La alimentacion no puede ser de peores condiciones, puesto que es escasa y mala. Cualquiera otro hotel es, pues, preferible en dicho punto, y sobre todo el del *Cigne*, el cual supimos posteriormente era económico y confortable.

Despues del almuerzo subimos en el ómnibus que hay establecido en Martigny, y fuimos á visitar la cascada y las *Gorges du Trient*.

El camino de Martigny á la cascada es sumamente pintoresco; al salir del pueblo se atraviesa un puente construido sobre el rio *Drause*, y despues de una fábrica de loza y del rio *Eau-Noire* se llega al cabo de veinticinco minutos á la entrada de las *Gorges* (1) *du Trient*.

Dos pequeños chalets, en los que se venden esculturas y fotografias, y en los que se puede entrar á refrescar, indican la entrada de las *Gorges*.

(1) Gargantas, desfiladeros.

66 Págate un franco por persona, que es el precio de la entrada; y después dé abrirse una puerta que comunica con un puente sostenido por alambres, se contempla ya aquel espectáculo, que nunca se borrará de mi imaginación.

67 La primera impresion que se siente es una sensacion de angustia: la sangre se hiela y se cree estar en un mundo distinto. Aquello es como un abismo de colores siniestros; no se percibe otra cosa que el mugido del rio Trient que, bajando de la nevera del mismo nombre, corre á precipitarse y á mezclar sus aguas con las del Ródano.

68 En diez minutos puede visitarse aquel antro, que otra cosa no es la sucesion de paredes altísimas que apenas dejan entrever el azul del cielo: tan aproximadas están las unas á las otras.

69 Al llegar á la parte llamada la Iglesia, llama la atencion un islote medio sumergido en el torrente, que tiene la figura de un elefante y de un color azulado.

70 Desde este punto se atraviesan varios puentes suspendidos sobre el abismo, en cuyo fondo corre el torrente, y llégase, por fin, á la última cascada que forma el Trient, el cual serpenteando el valle rueda en confuso torbellino.

71 Al salir de las Gorges, ápercibese un poco más léjos una blanca humareda que parece escaparse de la montaña: es la cascada del Arco-Iris, la cascada de Pissevache.

72 No podeis figuraros lo que es aquella cascada admirada desde los peñascos sobre los que cae con atronador estrépito: parece, más que cascada, un torbellino de nieve pulverizada que va á caer sobre el que la admira, tan inmensa es la fuerza de ese salto de agua; pero todavía no está admirada en todas sus partes la cascada de Pissevache; es neces-

rio subir por la montaña y llegar cerca del punto en donde se forma la cascada, y si todavía los rayos del sol alumbran aquellos lugares, admirar los efectos del arco iris que produce la luz al contacto del agua.

Es deliciosísimo el rato que allí se pasa; reclinado el viajero en una roca, viendo levantarse hácia el cielo aquella finísima lluvia, coloreada por un rojo vivísimo ó por un azul tan puro como el del firmamento, boreada la frente por las brisas embalsamadas de la montaña, deslizanse insensiblemente las horas; los pensamientos que embargan la imaginacion toman mil formas seductoras, y por fin, el alma, conmovida, inquieta y al mismo tiempo tranquila, se lanza á Dios, y una mirada muda y silenciosa dirigida tambien al cielo parece ser el himno entusiasta de la criatura.

La cascada, al caer, describe una curva que permite pasar por debajo de ella, merced á un puente de madera allí construido.

Estas dos maravillas de la naturaleza que he tratado de describir, atraen tal número de viajeros todos los años, que ha sido preciso construir en frente de la cascada un hotel magnífico, que según los asientos de los libros que el fondista mismo me enseñó, habia sido ya visitado en aquel año por más de veinte mil viajeros.

Al cabo de otra media hora estábamos en el hotel en Martigny; comimos en la *table d'hôte*, que aquí se ha dado en llamar mesa redonda, siendo casi nuestros comensales ingleses, y á poco rato Morfeo nos habia tendido sus brazos, pues era preciso madrugar algo para subir al Gran San Bernardo al día siguiente y poder dormir en el benéfico asilo del mismo nombre.

En efecto, á la madrugada de dicho dia siguiente estábamos ya en pié.

Tan solo mi esposa y yo componiamos aquella mañana la caravana que iba á verificar la ascension del Gran San Bernardo, y esto porque son muy raros y contados los viajeros que llevan á cabo esa ascension, pues siendo casi todos los que viajan por Suiza ingleses, y por tanto amigos del ruido y algazara, se avienen mal con la tranquilidad que reina en el hospicio de San Bernardo.

Ibamos á seguir el mismo camino que el gran Napoleon siguió el 15 de Mayo de 1800, con su ejército compuesto de 30.000 hombres.

Dejando á nuestras espaldas el pueblo de Martigny, y atravesando la aldea de Martigny-Bourg y el puente del rio *Dranse*, dejando á la derecha el camino de Chamounix, llegamos á las aldeas de Brocard y de Valettes, de Bovernier y de Sembrancher, teniendo entonces frente por frente de nosotros el monte Catogne.

Despues penetramos en el valle de Entremonts y poco más allá de un castillo arruinado, que tambien dejamos atrás, distinguimos la torre del campanario de la aldea de Orsières, en donde se nos presentaron dos caminos, el del *Col de Ferret* y el del *Gran San Bernardo*, y desde donde tambien se goza de una vista admirable.

Poco despues llegamos á Liddes, en donde descansamos para almorzar, lo cual hicimos en el hotel del *Déjeuner de Napoleon*, y en el que nos enseñaron el sofá donde se sentó el célebre emperador cuando verificó su atrevida expedicion.

De Liddes á Saint-Pierre, aldea de las más tristes, es preciso contar lo ménos una hora de trayecto, y ya desde esa aldea

el camino deja de tener su pintoresco aspecto para convertirse en desfiladeros angostos y en ásperos y pedregosos senderos, por los cuales apenas puede andar el coche.

Interrumpe la monotonía sombría de aquellos lugares una cascada ó torrente altísimo, y despues de atravesar el bosque de Saint-Pierre y el desfiladero de Cherrayre, se llega por fin á la Cantina de Proz, en donde nos fué preciso dejar el coche y montar en las caballerías que lo conducian, y que mediante el trato que habiamos hecho con el conductor del carruaje debian conducirnos hasta Saint-Remy, en donde creíamos encontrar, como despues encontramos, un coche que nos condujera á Aosta.

Dos horas y media, más bien tres, duró nuestra cabalgata, y allí nos fué preciso abrigarnos bien, puesto que el frio era bastante intenso en aquellos sitios y en aquella hora, las cuatro de la tarde. Cortamos diagonalmente una pequeña llanura llamada el *Plan de Proz*, y despues de pasar el *Desfiladero de Marengo*, garganta situada entre dos montañas y de salvaje aspecto, entramos en el *Valle de los Muertos*, dejando tambien detrás de nosotros la antigua *Morgue*, edificio destinado á recibir no há muchos años los cadáveres de los infelices que se encontraban sepultados entre la nieve, y al que no quisimos ni siquiera mirar, puesto que no era lo más apropiado para inspirar ideas alegres y mucho ménos en aquellos lugares.

Una cruz de hierro detuvo nuestro paso en aquel camino, y habiendo preguntado al guía qué significaba dicha cruz me contestó que se habia puesto en conmemoracion de un religioso que habia muerto en 1845, víctima de su celo y caridad. Creí que unas cortas oraciones en sufragio de aquella alma,

que Dios debió recoger al desprenderse del cuerpo de aquel mártir de su deber, serian acogidas con agrado en el trono del Altísimo, y así fué que descubriéndome la cabeza murmuraron mis labios una ferviente plegaria; poco despues seguíamos nuestra interrumpida marcha, y por fin, al cabo de un cuarto de hora, poco más ó menos, nos apeábamos al pié del hospicio.

Allí, en aquella soledad, ante las puertas del monasterio, mi pensamiento se dirigió á España, á la madre pátria; en aquellas alturas, á 2.620 metros sobre el nivel del mar, ¡con cuánto cariño no pensé en los seres queridos que había abandonado, y de los cuales me separaban dos países estraños! ¡Cuán grato me pareció entónces el suelo donde nací! A mis piés, el suelo de Italia, oculto aún á mis ojos, encerraba en su seno las maravillas que en breve iba á admirar, sabíalo muy bien; en el sitio en que estaba, la naturaleza parecia querer aislarme de todo; las nubes volaban casi besando mi cabeza, como queriendo recordarme su pátria celestial; en frente de mí un monasterio, albergue de unos pobres monjes, parecia tambien decirme que la caridad no tiene pátria, que la humanidad carece de esta; pero á pesar de todo, á pesar de tanto pensamiento encontrado como bullia en mi imaginacion, ésta volaba á mi hogar, y en él veía á mi familia, á mis queridos padres, conversando tranquilamente, y siendo el tema favorito de su conversacion *sus queridos hijos*; veía á dos madres, la de mi esposa y la mia, esperando que llegara la noche y que todo estuviera en silencio para poder tranquilamente rogar á *Jesús crucificado* y á la *Virgen del Cármen*, sus dos más grandes devociones, nos concedieran un rayo de su divino amor, que fuera la égida formidable que nos amparara

en nuestro viaje y nos hiciera llegar sanos y salvos á sus amorosos brazos.

No sé cuánto tiempo hubiera trascurrido de esta suerte si la voz del guía no me hubiera advertido era preciso entrar en el monasterio; subí unos escalones, llamé á una campana, y un religioso, seguido de un perrazo enorme, me abrió la puerta y me condujo al salon diciéndome:

—Estais en vuestra casa; pedid cuanto se os ofrezca, pues yo estoy á vuestro servicio.

Todo esto dicho con una mansedumbre, con una unción evangélica que arrebatava el alma.

El monasterio data del siglo vi, habiéndosele levantado un piso en el año de 1822: á poca distancia del antiguo monasterio á que nos referimos, se ha construido otro edificio bautizado con el nombre de *Hotel de San Luis*, y destinado á hospedar á las señoras y para un eventual incendio, pues desde la fundacion del monasterio ya son dos accidentes de ese género los que ha sufrido este.

Es la habitacion más elevada de los Alpes, habitada todo el año por diez ó doce religiosos de la orden de San Agustín, que reciben gratuitamente á todos las personas que pidan hospitalidad; deben, además, durante los siete ú ocho meses del año, recorrer diariamente los caminos acompañados de criados llamados *marronniers* y de perros, los célebres perros del monte San Bernardo, á fin de llevar socorros á los viajeros.

El hospicio se sostiene por medio de colectas hechas en Suiza y por los dones voluntarios de los viajeros; los gastos se elevan anualmente á la suma de cincuenta mil francos.

No ha sido tan solo el ejército de Napoleon el que ha atra-

vesado el monte San Bernardo, llamado en la antigüedad *mons Jovis*; el año 69 de nuestra era lo atravesó Cecina con su ejército también; el año 547 un ejército de lombardos; Carlomagno en 773 y Federico Barbaroja en 1106.

La temperatura media es en aquel sitio de 0°,5 sobre cero; el termómetro, cuando más alto ha subido, ha llegado á 18° sobre cero, en 1857. En invierno cae nieve muchas veces con un espesor aquella de doce metros.

El interior del convento encierra doscientos lechos, un re-
fectorio, cuadras, almacenes, etc., una lindísima iglesia en
la cual se halla el monumento elevado por Desaix á la me-
moria de Napoleon, una biblioteca y un salon, y contiguo á
este un pequeño gabinete con curiosas colecciones de plan-
tas, insectos y minerales de los Alpes.

En cuanto á la vida nada se echa de ménos en aquel re-
cinto; los pobres monjes, encargados del cuidado del viajero,
tienen siempre fijos sus ojos en él esperando que este abra
la boca para pedir algo á fin de poder satisfacer sus deseos.

Se come al medio dia y á las seis; fuera de las horas fijadas
puede pedirse cuatro y cinco veces, si se quiere, vino, café
y liciores.

Después de la comida no creais que cada mochuelo se va á
su olivo, nada de eso; entonces empieza la *soirée*, y á veces,
cuando entre los viajeros hay quien sepa tocar el piano, se or-
ganizan conciertos de piano y órgano, con algo de canto; una
velada musical, en una palabra, como sucedió cuando yo estuve.

Dos dias pasé en aquellas agradables soledades, y hubiera
pasado algunos más á permitirmelo el tiempo; pero tuvimos
que despedirnos de aquellos pobres monjes, cuya vida es siem-
pre la misma. Caridad y abnegacion, ¡esa es su divisa!

Quise al marcharme dejar una pequeña ofrenda para el convento; mas la rehusaron, diciéndome que si algo queria dar *de limosna*, el cepillo de los pobres estaba en la iglesia.

Al salir del hospicio con direccion á Italia, el camino costea el lado derecho del lago que hay al lado del monasterio, y pasado ya dicho lago se atraviesa la línea divisoria del canton de Valais y de la Cerdeña; llegando al cabo de tres cuartos de hora á los chalets de la *Vaquería*, en cuyo punto el camino forma un brusco recodo al S. E. y baja rápidamente en direccion á Saint-Remy, pequeña aldea de 1.643 habitantes, protegida contra las avalanchas por un espeso bosque y en donde se visan los pasaportes por los dependientes de una aduana sarda.

En dicho pueblo despedimos nuestras caballerias; un coche-cillo de mala muerte nos trasportó en cinco horas á Aosta, ciudad que recibió su nombre de Augusto, que habiendo enviado una legion de pretorianos, la hizo llamar Augusta Pretorium.

Hay en dicha ciudad restos de la dominacion romana; tales como un puente, un arco de triunfo elevado en honor de Augusto, por Terencio Varron, los restos de un anfiteatro, y murallas y torres.

Como edificios más modernos, pueden visitarse la catedral, de estilo gótico, y la colegiata de Saint-Ours, por su cripta y cláustro; la *Torre del Leproso* es allí muy celebrada y hasta creo que de ella ha sacado argumento un novelista, Javier de Maistre, para una obra, pero no ofrece interés alguno.

En la plaza central del pueblo hay una cruz de piedra, en conmemoracion de haber rechazado en un tiempo los dogmas de Calvino, hecho que ha quedado eternizado por una

PUNTOS DE SUSCRICION

Se suscribe en las librerías de los Sres. Durán, Carrera de San Gerónimo núm. 2; San Martín, Puerta del Sol, 6; Gaspar y Roig, Izquierdo (antes Príncipe), núm. 4; Tejado, Arenal 20.

PRECIO DE LA SUSCRICION

En Madrid, dos reales cada reparto semanal de cuatro entregas de ocho páginas, y un grabado, cuyo importe se satisfará en el acto de recibir el reparto.

En Provincias, remitiendo veinte y cuatro reales, importe de doce repartos semanales, á la librería de Durán, y á la Administracion, Corredera Baja de San Pablo, núm. 2, piso 2.º izquierda.

Al final de la Obra se publicará la lista de los señores critores.